

# Acercarse al mundo del hampa

**Jon Lee Anderson, decano de periodistas, ratifica, con tres investigaciones de reporteros regionales, que la prensa es aún capaz de desnudar las peores tramas del delito y la violencia.**

**24/03/2023**

“En Venezuela se ha naturalizado el horror. Numerosas bandas criminales han tomado el control de territorios y trafican con armas, cocaína y recursos no renovables. Aun en este contexto, sorprende que las páginas escritas por Ronna Rísquez (centradas en *El Tren de Aragua*) sean el producto de una investigación periodística y no de una novela. Cuesta creer que existan ocho penales bajo el control total de sus *pranes* (detenidos). Que esa cárcel, autogestionada por criminales, tenga zoológico, piscinas y cajeros automáticos, administrados por presos. Y que, desde uno de esos ocho penales, llamado Tocorón, haya escalado una megabanda que se convirtió en un negocio criminal global, desde Chile hasta México. Y que en Venezuela esto se conozca públicamente y no ocurra absolutamente nada”. Así prologa el periodista y editor Sergio Dahbar, creador de suplementos dominicales de diversos medios, el impactante libro de la venezolana. Y ese libro es solo el primero.

Jon Lee Anderson, decano de periodistas, parece ser, ante todo, una persona que tiene fe. Eso se intuye tras su diálogo con la venezolana Ronna Rísquez y sus pares el portugués Bruno Paes Manso, autor de *República de milicias*, y el salvadoreño Oscar Martínez, que escritor de *El niño de Hollywood* y *Los muertos y el periodista*, durante el ciclo Hay festival Cartagena de este verano, que reunió a 180 invitados, 40.000 asistentes y un millón de usuarios que siguieron los encuentros desde diferentes puntos de América Latina.

“Los tres compañeros aquí presentes han escrito libros, asumiendo como reporteros, una de las tareas más difíciles y peligrosas que se puede hacer en América Latina: acercarse al mundo del hampa”, abrió Anderson.

## Los nombres del delito

“En cada país hay un nombre distinto para las agrupaciones delictivas que se organizan alrededor del tráfico de drogas, la trata de personas, el control territorial, etc. En Brasil, a los grupos policiales que son a su vez, de carácter criminal, se les conoce como *milicias*. En Venezuela, quienes controlan el crimen desde la prisión se llaman *pranes*, y en El Salvador a las pandillas son conocidas como *clicas*”. Cuando Jon Lee Anderson comenzó a recorrer la región, no existían ni los carteles, ni clicas, ni milicias, ni pranes.

Eran tiempos de Guerra Fría y se hablaba de organizaciones “insurgentes, rebeldes y de orientación marxista, que peleaban en aras de un supuesto mundo mejor”, recordó. Tras el colapso del socialismo y el triunfo del capitalismo hace 30 años, esos grupos mutaron sus ideales: “Ya no están subiendo a la montaña para ser como el Che, sino para adquirir dinero, territorio, control de poblaciones y –en algunos casos, cada vez un poco más– disputar el terreno de las almas y mentes con los gobiernos de turno que, si bien son elegidos en democracia,

también sabemos que, lamentablemente estas no han cuajado como muchos de nosotros hubiésemos querido o esperado”.

Sobre el libro de Ronna Rísquez, Anderson consideró que *El Tren de Aragua* “es un libro de lectura fascinante. Explicas en tu texto que, si este fuera un tren de verdad, la prisión funcionaría como una especie de terminal para una red de trenes que sale por toda Latinoamérica, incluso hasta Centroamérica, Estados Unidos y Chile”, dialogó con la venezolana.

“Entre 2014 y el presente, es muy poco el tiempo que ha transcurrido desde el nacimiento de esta red hasta su expansión por el continente. La cárcel es manejada por el pran, nombre que se le da al jefe de una prisión. El pran es quien toma todas las decisiones, incluso las que deberían tomar las autoridades fuera de la prisión. Gracias al pran los presos se trasladan en motocicletas dentro del penal y portan armas. Dentro de la cárcel no hay funcionarios del Estado, y el control absoluto es de los presos”, detalló Ronna Rísquez.

Comercios de ropa, comida y hasta de licor. Un zoológico, una cancha de béisbol con césped artificial casi profesional, gimnasio, restaurantes, departamentos con aire acondicionado y otros servicios se encuentran en ese penal autogestionado por los presos.

Un Estado sometido

“Tanto la policía como las autoridades están afuera y trabajan para el pran, sometidos tanto a sus órdenes y decisiones. Cuando se dieron cuenta de que tenían el control absoluto de la prisión, comenzaron a controlar localidades. Luego, apostaron fuera de Venezuela: Chile, Colombia (sobre todo Bogotá y el norte de Santander), Perú y Ecuador, en la frontera entre Venezuela y Brasil también operan con más fuerza”, abundó el periodista.

El brasileño Bruno Paes Manso “ha escrito un libro que es de lectura de rigor en Brasil”, apuntó Jon Lee Anderson a propósito de República de milicias. “Aborda la formación, evolución y actualidad de las llamadas milicias de Brasil, sobre todo en Río de Janeiro. Todos conocemos policías corruptos en muchos países de Latinoamérica. En Brasil, estas milicias que nacen de la policía se han enquistado y vuelto, a su vez, organizaciones criminales que se disputan el control territorial”, puntualizó el maestro de la Fundación Gabo.

“El fenómeno de las milicias se desprende de la historia del narcotráfico en nuestro continente. En Brasil, es un problema que tiene más de 40 años, de la época cuando en Medellín se empezaron a exportar drogas por todo el mundo, convirtiéndose en un importante corredor de venta y tráfico”, remontó Paes Manso, que tiene un doctorado en Ciencia Política por la Universidade de São Paulo.

Brasil es en la actualidad el segundo mercado consumidor de coca en Latinoamérica. “Como consecuencia, los empleos pasaron a asumir la informalidad del mundo del crimen, siendo las milicias una especie de gobiernos criminales, que surgieron como una forma importante de supervivencia, muy lucrativa”, agregó el periodista.

Si al inicio esas milicias parecían grupos de autodefensa, no tardaron demasiado en dominar ellos mismos la venta de drogas y aliarse con el narcotráfico. “En Río de Janeiro, 50% del territorio está controlado por milicias. Otro 25% es controlado por el narcotráfico”. El libro de Paes Manso se centra en la figura de Adriano Magalhães da Nóbrega, un policía que participaba de las fuerzas especiales de policía de Río. Pero el delito resultó más rentable para él.

“Magalhães da Nóbrega se dedicó al crimen porque no tenía futuro dentro de la policía; es así como se convirtió en uno de los mayores criminales de Brasil. Además de tener aliados en el mundo del juego clandestino, tenía un escritorio de sicariatos y asesinaba por encomiendas a los enemigos de las mafias en los juegos. Además, tenía alianzas con numerosas milicias. Se sospecha que fue uno de los organizadores del asesinato de la concejal de izquierda Marielle Franco. Además, trabajaba en el escritorio político de Jair Bolsonaro y de su hijo. El libro se llama República de milicias porque, después de la nueva república y los 30 años de democracia, el sistema entró en crisis”, cerró el autor.

Jon Lee Anderson vinculó esa república brasileña de milicias y la venezolana de pranes con la situación de El Salvador. Óscar Martínez, jefe de redacción de El Faro.net, recordó que en su país las organizaciones criminales más grandes son las pandillas.

“La más famosa es la Mara Salvatrucha, que recientemente Donald Trump hizo célebre tras los asesinatos en Long Island, usándola como caballo de batalla para subirse al ring con un enemigo al que evidentemente iba a derrotar”, aseguró el reportero.

Óscar Martínez puso números a la realidad salvadoreña: 21.000 mil metros cuadrados de superficie, 6.5 millones de habitantes y 2.5 millones en EE.UU. y 70.000 pandilleros activos.

“Las pandillas son herencia de la guerra civil centroamericana –avanzó el reportero–. No una herencia ideológica, sino una herencia de abandono. Durante 12 años, en El Salvador nos matamos de una forma bárbara, con todos los aprendizajes latinoamericanos de la barbarie de la Argentina, pasando por las represiones de países sudamericanos y centroamericanos, con un ejército sumamente violento que reprimió a una población que quería un poco más de oxígeno para vivir”.

Durante los 12 años de guerra, decenas de miles de jóvenes centroamericanos abandonaron la región para buscar un lugar donde vivir en paz. Y la mayor parte de esa gente llegó al sur de California, en los Estados Unidos. Lo que ahí encontraron fueron unos guetos extremadamente violentos.

“En California había 64 pandillas negras, supremacistas, asiáticas, entre otras. En una especie de reacción alérgica, estos muchachos que habían huido de un país violento se organizaron y así nació la Mara Salvatrucha, como una forma de defenderse del entorno”, agregó Óscar Martínez. Esos jóvenes fueron deportados a El Salvador y para el periodista “esa es la inyección más letal que los Estados Unidos nos pudieron meter en el cuerpo centroamericano. Recibimos 4.000 pandilleros deportados, cuando en el país no había ni siquiera instituciones públicas”, recordó el periodista.

Así, esos muchachos hijos de un campesino pobre, nietos de un campesino pobre, bisnietos de un campesino pobre encontraron en la pandilla “una forma de renombrarse y de habitar el mundo de una forma distinta. Una forma violenta, asesina, pero en vez de ser Miguel Ángel Tovar puedes ser El niño de Hollywood, tener un arma, el respeto de la gente”.